

dades tomen cartas en el asunto. El clérigo que se ha propasado esta vez, parece ser el Padre R. . . . , casi desconocido, por haber llegado á Madrid hace poco tiempo. Veremos que resultado ofrece esta milésima edición de semejante atrevimiento."

Pepe comprendió que el Padre R. . . . era su hermano, y profundamente disgustado, hizo que Millán averiguase la verdad del caso preguntándolo en la imprenta de aquel periódico, y al mismo tiempo revisó cuidadosamente los demás que había de leer su padre, decidido á evitarle la desazón que pudiera acarrearle la noticia. No temía que Tirso se vanagloriase de la hazaña en su propia casa, pero podían ir á prenderle, ó acaso una fracción de la prensa insistiera en pedir su castigo.

El resultado de las gestiones de Millán confirmó la sospecha de Pepe: el regente de la imprenta donde se tiraba el diario que dió la noticia, dijo que el predicador de que se trataba era Don Tirso Resmilla, quien abandonando su curato de un pueblo del Norte, había venido á Madrid, pocos meses atrás, como persona de confianza para los elementos realistas de la diócesis á que pertenecía.

XX I

Había en Madrid por aquel tiempo, en uno de los barrios extremos, una casa que rompiendo la línea de las fachadas contiguas, parecía apartarse del trato de las gentes. Tenía por delante un pequeño jardín con verja; aislábala por detrás un ancho patio con cuerdas y cocheras, y á derecha é izquierda la limitaban una pared medianera y fuertes tapias á una calle poco frecuentada. Formaban el jardín tres ó cuatro mezuquinos recuadros de flores vulgares, las enredaderas enroscadas á la verja, y varias acacias, cuyas fornidas ramas ocultando casi por completo los balcones, oponían á la curiosidad una cortina impenetrable. Las persianas estaban continuamente caídas y las vidrieras se abrían

rara vez, sin que nunca sonase dentro cantar de criada ni piano de señora. Era una casa falta de voces y de ruidos, triste, callada entre los clamores vecinos, ajena á cuanto la rodeaba, como hecha adrede para retiro de dama romántica ó escenario de novelescas aventuras. Una campanilla, colocada en la verja del jardín, daba aviso cuando entraba alguien y, según quien fuese, lo anunciaba el portero tocando otra campana en el portal. Un tañido para Hermana de la Caridad, ó Hermanita de los Pobres, dos para fraile ó clérigo, tres para dignidad eclesiástica: á los simples mortales les anunciaba de palabra un criado, y gracias si se quitaba la gorra. Señal de dar limosna los sábados ó fiestas no se veía ninguna, pero por privilegio envidiable tenía la finca oratorio donde se rezaba misa cotidianamente y, si acaso pasaban por la calle alguna Minerva ó el Dios chico, lucían los balcones grandes y blasonadas colgaduras. Durante el día menudeaba el capaneo del portal, indicando que eran muchas las visitas de gente religiosa: por las tardes la dueña, ya entrada en años, salía á paseo en coche modestamente vestida, con aspecto humilde y luciendo en una muñeca, á modo de pulsera,

un pequeñísimo rosario de oro y perlas. El carruaje, cómodo y antiguo, llevaba en las portezuelas corona condal; el coche y el lacayo, como haciendo juego con el portero, tenían facha de cantores de iglesia, y la dama, siempre enlutada, con trazas de poco limpia y gesto uraño, semejava una sacristía hecha mujer. Llegada la noche, escapábase de alguna ventana rumor de preces dichas en común, y antes de las diez quedaba todo cerrado, sin que hasta el día siguiente volvieran á cruzar sambras tras las vidrieras, ni se escuchase ningún ruido. Para ser tenida por convento, era la casa demasiado mundana; para morada de seglares, parecía monasterio. De ambos caracteres participaba; pues la Condesa hacía vida casi monjil y extremadamente rigurosa. En todo tiempo se levantaba á las cuatro de la mañana para rezar "maitines y oración por los agonizantes," tornando á acostarse hasta las nueve, que oía misa, rezada por su capellán; á las doce *angelus*, antes de almorzar; por la tarde lectura piadosa, *visperas*, cinco *llagas*, recepción de visitas honestas y paseo en coche; antes de comer un rato meditación en la capilla, y después de la comida otro *rosario*, *letanía* y *recomendación*

de alma: á las nueve y media se acostaba. De bailes y reuniones, nada: de teatros muy poco, y sólo á obras cuya moral nadie hubiese puesto en duda. Confesaba dos veces por semana y recibía la sagrada comunión todos los domingos.

Una criada, despedida de la casa porque el rigor del ayuno la hizo blasfemar de Dios y hurtar en viernes de cuaresma restos de solomillo fiambre, propaló por el barrio noticias muy curiosas, según las cuales la Condesa de Astorgüela revelaba empeño de rescatar con la penitencia lo mundano de su vida pasada. Mucho alardeaba de humilde y descuidada para su persona; más al decir de la doncella, quedábanla restos de la más refinada coquetería, si bien ella procuraba ocultarlos. Sus pies calzaban medias de seda, ceñía su talle corsé de raso, era pródiga en perfumar el baño, cuidábase con ahinco las manos y, aunque hiciese ostentación de vestir humildemente, la ropa blanca que gastaba era un primor de adornos, lienzos y hechuras: bajo vestidos lisos y de lana, solía ocultar enaguas guarnecidas de costosos encajes. La tal doncella desmentía, además, ciertos excesos de piedad atribuidos á la dama: sus actos de penitencia consistían

en no tomar nada, aunque lo desease, fuera de horas, abstenerse de algún bocado sabroso, escoger, por breve, asiento incómodo y hasta estar unos minutos puestos en cruz los brazos: pero era falso, según la pecadora sirvienta, que la Condesa usara cilicio bajo el corsé de raso, ni que tuviera costumbre de llevar por voluntaria molestia alguna china en los zapatos, antes al contrario, se calzaba exquisitamente; ni que durmiera los viernes con una astilla entre las sábanas, ni que hiciera en el suelo cruces con la lengua. En cambio, insistiendo en los restos de coquetería, la Condesa, á solas en su tocador y alcoba, desplega consigo misma aquel mimo y esmero que sólo observa la mujer cuando se emplea, aunque honestamente, en el dulce servicio del amor. De modo que, por las señas, la Condesa de Astorgüela, lo mismo podía ser una gran dama arrojada por el desengaño á los brazos de la Religión, que una hipócrita de alto rango, ó las dos cosas á la vez.

Su rostro parecía arrancado de un lienzo de Mengs ó de Van Lóo. Una hermosa cabellera rubia, que comenzaba á encanecer, la servía de diadema; la fisonomía era expresiva, casi picaresca; graciosa la boca, esbelto el tá-

lle y los pies chicos. Así debían ser aquellas damas de la corte de Versalles que compensaron la virtud que les faltó á fuerza de elegancia é ingenio.

La edad de la Condesa era un misterio, para ella triste, para los demás engañoso; pero todavía la quedaban encantos que desplegar cuando al caer la tarde venían á pedirla consejos algunos amigos devotos y, como ella dispuestos á la defensa de intereses sagrados.

Tal era la Condesa de Astorgüela relacionada con el alto clero, bien quista de la nobleza, influyente en el ánimo de ciertos nobles chapados á la antigua y deseosa de atraerse á todo aquel que despuntara en el servicio de la tradición y la piedad. deseo que la inspiró grande afán de conocer á Tirso apenas supo el valiente celo que demostró en el sermón famoso. Ella misma le escribió así, de su puño y letra, y en papel timbrado con su escudo:

“La Condesa de Astorgüela la Real saluda respetuosamente al capellán Don Tirso Resmilla, rogándola se sirva visitarla para encomendarle una buena obra”

[Y abajo el día y la hora de la cita, con las señas de la casa.]

Sorprendido Tirso agradablemente, consultó con el cura que le cedió el sermón si debía asistir al llamamiento, y la respuesta avivó su impaciencia.

—No deje vd. de ir, compañero; esa señora es una potencia.

Con lo cual á la hora marcada se presentó en casa de la Condesa, que le recibió en un espacioso gabinete seriamente alhajado, donde á vueltas de mucha severidad había detalles que acusaban á la mujer elegante. Cubrían las paredes rico damasco verde con el tono del mirto; los muebles, tapizados de brocatel algo más claro, eran de hechura antigua; la alfombra gruesa y casi blanca: del techo pendía una enorme araña de cristal con muchos colgaguios prismáticos y, bajo ella, sobre una mesita de mosaico, se veían varios libros ricamente encuadernados, reflejándose todo en grandes espejos con marcos de hojarasca dorada. Tirso echó una mirada á los lomos de los vidrios: eran lo más hermoso y literario que ha dado de sí en el mundo el sentimiento religioso. “Imitación de Cristo”, de Kempis; “La perfecta casada,” de Fray Luis de León; “La vida devota,” de San Francisco de Sales, y el “Tratado de la tribulación,” del P. Riva

deneyra. Sólo tres obras de arte adornaban la estancia: una admirable copia del "Cristo" de Velázquez; otra de la "Dolorosa" de Tiziano, y ante uno de los balcones, destacando sobre el claror del hueco, una escultura fiel reproducción del "San Francisco" de Alonso Cano. Cuanto allí había acusaba extraña mezcla de elegancia y piedad.

Alzóse de pronto una cortina y entró la Condesa, á quien Tirso saludó respetuosamente: ella se sentó en una butaca pequeña, de espaldas a la luz, y el cura, obedeciendo á una indicación, ocupó un asiento cercano puesto frente al balcón; de suerte que la fisonomía de Tirso quedó á merced de las miradas de la dama, y el rostro de ésta no tan visible para él, que estaba como irresoluto y cortado. El traje de la de Astorguela era sencillo y negro, de un negro brillante y nuevo, junto al cual pardeaban la sotana y el manteo de Tirso.

—Lo primero— comenzó ella— pido á usted mil perdones por mi atrevimiento: debía haber procurado esta entrevista de otro modo, pero deseaba que honrase usted mi casa y quería que hablásemos á solas; ante todo,

para felicitarle por su elocuencia y su rasgo de valor....

—Señora, yo agradezco tanto.... pero la verdad, no creo merecer....

—Sí; merece usted que le feliciten todos los corazones cristianos. Alcanzamos tiempos en que la energía en defender lo bueno y lo santo debe alentarse; y yo, aunque valgo poco, he tenido empeño en conocer á usted para apreciarle mejor.

Estaba asombrado, sin adivinar á qué venían tal llamada y tan afable recibimiento....

—¿Le sorprende á usted mi osadía,—prosiguió adivinándolo la Condesa— verdad?, pues aún va á extrañarle más otra cosa que voy á decirle, y sobre la cual le encargo la más absoluta reserva.

—Aseguro á usted que me desviviré por servirla, si juzga que puedo serla útil.

—No se trata de servirme, señor Resmilla, sino de servir á la Religión. Pero, ante todo, debo advertirle que no me era usted enteramente desconocido. Mi posición, mis buenas relaciones, mi influencia, puedo decirlo sin vanidad, me tienen al corriente de muchas

cosas... y no ignoro el objeto de su venida de usted á Madrid.

—Yo, señora, mi viaje....

—Esté usted tranquilo. Soy de las que animan y alientan cuanto se proponen *ustedes*. Está usted en casa de una amiga. Y ahora diré á usted que nada de *eso* me es ajeno, y que tengo costumbre de honrarme con la amistad de los que se consagran á tan glorioso servicio, es decir, que aunque sólo fuera por esto, le hubiera llamado á usted; pero es el caso que, además, vamos á tratar de otro asunto.

—Mande usted.

—Usted tiene un hermano que está en relaciones amorosas, honradas, por supuesto, con una señorita; casi parienta mía, que se llama María Paz de Agreda....

—No lo sabía.... ó mejor dicho, ignoraba quién era ella.

—Yo: en cambio, sé mucho más. El padre de esa señorita es un caballero bastante rico, que, por cierto, no há educado á la niña como debiera; pero esto no hace al caso. Lo importante es que usted va á prestar un buen servicio á intereses sagrados.

—Pero, ¿qué tiene esto que ver con mi hermano?

—El padre de esa señorita Paz posee cerca de los Cuatro Caminos, fuera de la puerta de Fuencarral, unos solares, lindando con los cuales está edificando su nueva casa una comunidad, que acaso todavía no conozca usted, y que el vulgo ha comenzado á llamarlas *Hijas de la Salve*. Pues bien, esta hermandad desea comprar parte de la tierra que es propiedad de Don Luis, á lo cual se niega él resueltamente; todos los esfuerzos, todos los ofrecimientos han sido inútiles.

—¿Y qué puedo yo en el asunto?

—Mucho: piense vd. que se trata del servicio de una fundación religiosa.... Vamos á concretarnos á lo esencial. ¿Está vd. dispuesto á favorecer los deseos de los que protegen á esa comunidad? Responda vd. francamente.

—Sí, señora, si realmente se trata de una comunidad religiosa.

—Hace vd. bien; las cosas claras. Vamos á otro punto. Tiene vd. medios de hacer que su señor hermano influya en el ánimo de la niña, para que ésta á su vez procure que su padre deje de ser hostil al engrandecimiento de la comunidad?

—Nó, señora; no tengo medio alguno para lograrlo; y ya que vd. me honra buscándome para una cosa tan de mi gusto, quiero ser leal con vd. Mi hermano y yo estamos medio reñidos: es liberal, ateo, en fin, está dejado de la mano de Dios. Cuando yo llegué á Madrid á vivir con mis padres, encontré la casa en un estado... impiedad, olvido de lo más sagrado.... Yo quise....

—No se moleste vd. en contármelo; estoy enterada de todo.

Tirso, con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, preguntó:

—¿Entonces?....

—Se trata de saber si, á pesar de todo eso y contra los obstáculos que se presenten, se decide vd. á servirnos.

—¡Eso sí! pero ignoro cómo.

—Si su hermano vd. se casara con esa señorita... si nosotros lo facilitáramos....

—No hay que pensar en ello, señora. Mi hermano es un fanático descreído; á su falta de fé llama convicción honrada: sería capaz de echárselas de mártir de sus ideas y renunciar á la chica antes que aceptar el trato.

—¿Está vd. seguro de esa energía?

—¡Ojalá no lo estuviera!

—Piense vd. que nos sobrarán medios, toda clase de protección.

—Imposible.

—Entonces habrá que tomar otro camino. Es preciso averiguar si esa señorita está realmente enamorada de su hermano de usted, y necesitamos poder calcular lo que ella haría viéndose abandonada por él.

—No entiendo lo que vd. se propone.

—Hablaré sin rodeos, señor Resmilla. Si el novio se allanara, y sería lo mejor para todos, á vender en buenas condiciones á la comunidad el terreno que ésta desea cuando entrara en posesión de la dote, *nosotros* haríamos la boda.

—Ya he dicho á vd., y perdone que insista, que eso es imposible.

—En tal caso, hay que colocar á la pareja en condiciones de ruptura y conseguir una de estas dos cosas: que ella imponga á su padre su voluntad, es decir, la *nuestra*, ó que, desengañada del amor, piense en dichas más puras, en vida más tranquila.

—Comprendo.

—Con lo cual, señor Resmilla, lograríamos doble resultado: para el Señor la conquista

ta de una alma: y para nuestro propósito la posesión de una voluntad, dueña, en plazo más ó menos breve, de lo que desean poseer las *Hijas de la Salve*.

—Perfectamente.

—Considerado así el asunto, vd., ¿qué cree que debemos hacer?

—Que mi hermano riña lo antes posible con la novia, y luego manejar á ella

—Eso es expuesto. Si está enamorada de veras, corremos dos peligros muy grandes: primero, la dificultad de separarles; y segundo, que si su pasión no es verdadera, al perder éste se arroje en brazos de otro amor.

El cura no pudo contenerse.

—Señora, ¿cuánto sabe vd.!

—Crea vd., señor Resmilla, que para servir á Dios hay que pensar en todo. Vamos, ¿qué le parece á vd.?

—En mi opinión lo esencial es que riñan; y después dirigir bien á esa criatura.

—¿Quiere vd. encargarse de ello? Piense usted que se trata de una verdadera obra de caridad y que, además, las *Hijas de la Salve* no olvidarán lo que usted haga por ellas.

—Yo no hago nada interesadamente.

—Me lo figuro; pero toda buena obra trae consigo su recompensa. En fin, piénselo usted.

—¿Puedo estar seguro de que obraremos sólo por favorecer á esa comunidad, sin ninguna otra mira bastarda? No se ofenda usted, señora: yo soy así.

—No nos anima más deseo que el de contribuir al engrandecimiento de una institución piadosa. Usted la conocerá y juzgará luego.

—Pues délo usted por pensado: acepto.

—¿Quiere usted que yo le facilite ocasión de hablar á la novia de su hermano?

—Avísaré cuando lo considere oportuno: me parece que yo me lo trabajaré todo.

—No olvide usted que lo esencial es la ruptura.

—Espero que la conseguiré.

Al llegar aquí Tirso creyó oportuno poner gesto triste, y dando á la voz acentos de amargura dijo:

—¡Ah, señora! ¡Si usted pudiera apreciar la pena de mi corazón al comprender que las ideas de mi hermano disculpan..... hasta justifican, que yo tome cartas en este asunto!

La Condesa, ya en pie, como despidiéndose, sonrió ante aquel inesperado afán de atenuar la índole del pacto, y repuso:

—Es doloroso que no se pueda hacer el bien sin estos rodeos, pero, ¿qué remedio? señor Resmilla, así lo quieren los tiempos. Quedamos en que convencerá usted á esa señorita; después, en fin... allá usted.

Despidiéronse en seguida, y salió Tirso á la calle hondamente preocupado, por muchas razones. Aquella señora fué para él un enigma vivo: sabía el motivo de su viaje, alardeaba de influyente, habitaba un palacio y tenía aspecto de reina. ¡Qué maridaje tan extraño formaban en ella el trato mundanal y la piedad. Parecía la encarnación de lo profano puesta al servicio de lo divino.

Por supuesto, estaba decidido á servirle contra su propio hermano, contando con la ayuda de Dios. ¿Acaso no triunfaba en los demás propósitos que formó? Su madre había entrado de lleno en el buen camino, y su hermana había renunciado al devaneo con Millán.

Tirso recordaba las palabras de la Escritura:

“Desaparecerá el impío como la tempestad que pasa; mas el justo es como cimiento durable por siempre. La esperanza de los justos es alegría; mas la esperanza de los impíos perecerá.”

